



Apenas apareció la primera llamarada del terror atómico —la brutalidad de Hiroshima— se hizo ya el cálculo del miedo como factor positivo. (En la foto, celebración religiosa celebrada en esa ciudad japonesa en recuerdo del lanzamiento de la primera bomba atómica.)

los padres que asustan al niño con el lobo para revalorar su figura de salvadores a cambio de un buen comportamiento: comer y dormir a sus horas y ser permanentemente obedientes). Las poblaciones se han ido acostumbrando a que la guerra atómica no existe, a que es «imposible». Y el motor de defensa está paralizado. Las preocupaciones del mundo de Occidente se dirigen hacia la escasez de energía, a la inflación, a la dialéctica de entendimiento con el Tercer Mundo, a la ordenación democrática y sus dificultades, hacia el gran fantasma ecológico.

Cierto que la nuclearización pacífica se presenta hoy como amenaza, y las páginas de esta publicación no han omitido nunca la expresión de los riesgos que ofrece esa nueva forma de energía, desde el problema del calentamiento de los ríos y los problemas que suscita (desaparición de ciertas formas de vida, incubación de bacterias nocivas) hasta la posibilidad de diseminación del plutonio. Ningún país del mundo ignora hoy ese tipo de riesgos o de certidumbres. Como los generales al hacer entrar en batalla sus tropas, calculan ya el número de muertos (en Estados Unidos, con una población de 300 millones de habitantes en el año 2000, habrá medio millón de muertos por cáncer, de los cuales una docena de personas lo adquirirán por el uso de la energía nuclear; a esos muertos designados, muchos de los cuales han nacido ya, se los da por sacrificados) y lo consideran rentable. En países con menos garantías técnicas y científicas que los Estados Unidos, el número de muertos será proporcionalmente mayor, y mayor también el destrozo de la fauna fluvial y del entorno terrestre.

Reanudar las marchas de la paz

Sin embargo, un riesgo muchísimo mayor, que hoy no tiene ya la suficiente difusión, es el de la guerra nuclear, reducida o ampliada. Podrá producir muchos más muertos en un relámpago que los de las centrales nucleares y otras agresiones ecológicas en varias centurias. Las pequeñas noticias

van acumulándose. Francia ha hecho estallar en la atmósfera una nueva bomba nuclear a mediados de la semana pasada, Gran Bretaña reanudó sus pruebas con una explosión en Veeda hace un mes, los arsenales de la URSS y de los Estados Unidos no cesan, la bomba china es operacional, Argentina ha firmado un pacto con la India para asistencia nuclear mutua (en vida de Perón, con Indira Gandhi), lo cual puede modificar el contexto geopolítico de Hispanoamérica...

Será muy extraño si las generaciones más jóvenes de hoy no llegan a conocer una explosión nuclear localizada sobre algún país —población civil o frente de guerra: la bomba tiene pocos límites— en el mejor de los casos. La carrera parece incontenible. Sin embargo, lo es. Parece necesario que las poblaciones mundiales vuelvan a sentir hoy la presión del miedo, y que sepan canalizarlo: que sepan forzar a sus gobernantes a llegar a una verdadera contención de los ensayos nucleares, a una paralización en la construcción de armas nuevas y, finalmente, a una destrucción de los arsenales. No parece que esté inscrito en la determinación de la Historia, y para quienes crean en ello, que va desde la piedra arrojada y tallada para ser más ofensiva a estos proyectiles atómicos de cabeza múltiple que están almacenados esperando la orden de partir. El desarme es una idea de este siglo: tiene todavía poca entidad para contrarrestar la idealización del arma de los milenios precedentes. Sin embargo, en los años cuarenta-cinco, la presión de las poblaciones pudo evitar varias veces una guerra nuclear que parecía ya como inevitable (el puente de Berlín, la nacionalización de Suez, Corea, Vietnam, la rotura del pacto de Bagdad, la crisis del Caribe); los gobernantes supieron entonces que no podían contar con sus pueblos para una aventura nuclear. Va siendo tiempo de reanudar las marchas de la paz, los congresos de la paz, de recoger la idea del pacifismo, que en los últimos tiempos ha sido desprestigiada incluso por aquellos que antes la mantuvieron. Será la única forma de evitar la agresión masiva a las poblaciones. ■

Los Contem pora nEoS

CLASE DE LECTURA

Invité a cenar al viejo amigo: ¡Tantos años sin vernos! "Gracias, no cenó nunca". "¿Es que no te interesa la política?". "Me nutro de otras fuentes... ¡Leo los periódicos!". Siempre fue un hombre de gran originalidad. "Yo—confesé— los leía... Pero hace algún tiempo me cansé. Comencé a

dejar de entender...". "Están, sin embargo, en castellano". "Sin duda, sin duda...". "Lo que pasa es que hay que releer, fijarse bien. Desde luego, lo que los periódicos cuentan no es para el vulgo, sin que quiera confundirte a ti con él. Mira: déjame que te dé una lección práctica mientras saboreo un vaso de leche descremada. Aquí tengo este ejemplar... Cuenta la sesión de la Sección Primera del Consejo Nacional, donde se estudiaba el documento de desarrollo político. Verás, te iré traduciendo. El presidente abre la sesión. Después habla la ponencia, y explica que la base de las discusiones está clarísima: demostrar la capacidad de innovar que tiene el Régimen para adelantarse a la sociología. Seguro que lo entiendes. El problema estaría en que la sociología se adelantase al Régimen. ¡Pero no va a pasar! 'Lo que pasa es que los consejeros no pueden incurrir en ninguna clase de revisionismo', seguita diciendo la ponencia. Y empieza el debate. El señor Labadie Otermin es consejero, pero no pertenece a la Sección Primera; lo explica bien para, a continuación, hacer sus sugerencias. Lo que él quiere es fortalecer nuestra democracia orgánica, que luego llamará democracia social orgánica, que será reforzada por las asociaciones políticas. 'Si se hiciera al revés—dice— se produciría una subversión de valores...'. "¿Si las asociaciones políticas estuvieran fortalecidas por la democracia social orgánica sería una subversión de valores?". "¡Eso es!" —exclamó, satisfecho de mi capacidad de comprensión—. Es lo mismo que sucede, según el señor Labadie Otermin, con el documento básico: sus seis puntos le parecen buenos, pero no están colocados en su debido orden". "¡Una subversión!". "Exacto. Hablaría después don Miguel Primo de Rivera. Explica que la palabra adecuada no le gusta nada, y que, sin embargo, la prefiere a la de actualización. Mira si está claro lo que dice al hablar de la adecuación de la doctrina del Movimiento: 'Me da miedo hablar de actualizar una doctrina que quizá no se conoce bien...'. 'Te diría que yo, personalmente...'. 'Deja, deja tus objeciones para el final. El consejero Garicano Goñi está conforme con el documento, pero le parece que presenta vaguedad de conceptos y está falta de so-

luciones". "Entonces, ¿cómo está de acuerdo con el documento?". "En principio, sólo en principio. Por eso quiere que se defina bien el asociacionismo para los españoles que acepten los Principios Fundamentales". "Es que, verás, precisamente yo...". "¡Pues no te asocias, y en paz!

Pero no interrumpas. Hay un consejero que se llama Adán, que pide que el documento dé una imagen del desarrollo político total y coherente". "¿Sólo una imagen?". "¡Naturalmente! Un documento no es el desarrollo, es un documento. Y le sigue el consejero Pedrosa Latas. Dice que acepta el documento, pero se queja del reglamento. Y no se explica la negativa al revisionismo del señor Ortí Bordás. A él le parece que lo único que no es revisable es la Ley de Dios". "Es que yo, personalmente...". "Aquí le ataja el presidente: 'El documento viene de una instancia superior, y el Consejo no puede debatir si es pertinente o no el tema de la revisión constitucional...'. "¿Y por qué no le explicó eso al consejero que se negaba a la revisión en lugar de al que la pide?". "No se le ocurriría en ese momento. No hagas objeciones tonas. Aquí vino a hablar el consejero Emilio Romero, que quiere que antes de nada se haga un diagnóstico de nuestra sociedad. El texto del documento podría resultar decepcionante; en el texto podría aparecer una perplejidad sobre Movimiento unitario y movimiento plural". "Perplejidad que no te oculto, yo mismo, entre otras muchas...". "No quieres hablar más que de ti mismo, qué majadero... Mira, a don Emilio le parece que el texto no tiene el empaque doctrinal suficiente. Pero aquí viene otro consejero que dice que está de acuerdo con el documento y con don Emilio Romero. Siempre hay eclécticos en todas las Cámaras, y son muy útiles. A don Marcelino Oreja le parece que el documento no toma posición sobre el pluralismo del Movimiento ni se expresa con claridad sobre las asociaciones políticas. 'Pero éste es un documento marco', contestará la ponencia, el señor Ortí-Bordás. He aquí la palabra clave que nadie había dicho: marco, un documento marco. ¡Lo ilumina todo! Y la discusión acabará con el aroma de vaguedad. Y mira el final, qué hermoso y qué rotundo, cuando el presidente, nada menos que el señor Fueyo Álvarez, pregunta a todos si se toma en consideración el documento para su discusión, y todos contestan que sí, que se toma...". "Y si hubiesen empezado por ahí, ¿no se habría ahorrado todo el debate?". "¡Pero eso sería una subversión de valores!". Yapuró su vaso de leche descremada. Estaba feliz. ■

POZUELO